

## Una aproximación a los Andes colombo-venezolanos

*Edda Samudio Azpurúa\**

Un pasado común que se remonta a los tiempos prehispánicos vincula el comportamiento cultural andino colombo - venezolanos, circunstancia que no es ajena al resto de los países que conforman la región caracterizada y definida por la Cordillera de los Andes. De manera particular, en los Andes Septentrionales, desde el altiplano de los actuales Departamentos de Cundinamarca y Boyacá, la influencia de la desarrollada cultura de los Chibchas alcanzó las tierras altas de la actual Venezuela y por sus estribaciones serranas su influjo rebasó la orografía cordillerana. A la llegada del europeo, las sociedades indígenas con modos de organización política y formas de producción diferenciadas que desarrollaban su existencia en aquellos territorios formaban parte de sistemas regionales de relaciones económicas y sociales que rebasaban el ámbito de cada una de ellas.

Con la ocupación ibérica, en aquellas tierras se acentuó parte de la preeminencia andina, favorecida por la notoriedad de sus recursos naturales y humanos, factores decisivos en el establecimiento del

---

\* Profesora titular, Departamento de Historia de América y Venezuela, Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela. Ph.D. en Geografía Histórica. Universidad de Londres. Telf. (074) 101841 - 631992

núcleo fundamental de la administración española en esas tierras norteñas. Santafé de Bogotá constituyó el centro generador de la expansión territorial neogranadina que por distintos rumbos alcanzó el occidente, sur y el oriente, pautando la organización socio-política en un amplio sector del actual territorio venezolano. Posteriormente, esos medios andinos compartieron los procesos políticos y socioeconómicos de la independencia y procedimientos similares en la construcción de los Estados Nacionales.

El estudio de las sociedades andinas ha sido usualmente abordado por especialistas de diversas disciplinas de las Ciencias Sociales, particularmente antropólogos, los que han enriquecido en forma significativa su conocimiento. Sin embargo, se debe reconocer que en la ampliación de las fronteras del conocimiento de la historia social, política, económica de los Andes han desempeñado un papel significativo los trabajos realizados en las últimas décadas, por grupos de académicos, sobre todo de historiadores con una nueva concepción de la historia, la que tiende en forma creciente «aprehender el pasado del hombre en su totalidad, en su complejidad y en su entera riqueza». En ese sentido, la visión del campo de estudio del historiador se ha ampliado y profundizado, él seducido por el estudio diacrónico escudriña aspectos diversos que abarcan desde problemas de la existencia material hasta los de actitudes y valores de la sociedad, los que se han constituido en signos singulares para la comprensión de procesos históricos, identificándose con la línea de investigación del Imaginario o de las Mentalidades. Así, la vida cotidiana, la familia, la mujer, el campesinado, entre otros se constituyen en protagonistas de la historia.

Pero, lo expuesto de ninguna manera pretende desconocer la contribución de economistas, sociólogos, antropólogos. En relación a estos últimos, se debe hacer referencia particular a los etnohistoriadores, quienes explican procesos socio-históricos de sujetos sociales con el uso conjunto y lógico de fuentes y técnicas que han dado origen a la Etnohistoria, rama que vincula cada vez más la Antropología con la Historia y viceversa. No obstante, contextualizando la contribución científica de estas disciplinas en los últimos quinquenios, en el marco cultural de los Andes, es preciso reconocer que en Colombia y, sobre todo en Venezuela, queda mucho por estudiar. Así, Fermentum, ante la necesidad de afianzar nuestras raíces y fortalecer la identidad mestiza de las sociedades andinas, tan necesarias en este mundo globalizado, ofrece un conjunto de artículos de carácter histórico y etnohistórico. En esa forma, la Revista constituye un espacio perma-

nente de comunicación entre comunidades académicas, compartido en esta ocasión, por la Universidad Industrial de Santander, en Bucaramanga y la anfitriona, Universidad de Los Andes, en Mérida, instituciones en la que la preocupación y trabajo por la realidad socio histórica y antropológica están ofreciendo aportes serios al conocimiento de la complejidad de nuestras realidades.

Con la introducción individualizada de los textos de la Revista se propone facilitar al lector el recorrido por los diversos trabajos que la configuran. En el primero de ellos: "Las Sociedades Aborígenes de la Cordillera Andina de Mérida" Gladys Gordones Rojas y Lino Meneses Pacheco, centran fundamentalmente su análisis en conocidas evidencias arqueológicas de diferentes sitios de la Cordillera de Mérida, las Noticias de Fray Pedro de Aguado e información de los autos de la visita de Alonso Vázquez de Cisneros de 1619. Los autores exponen tres modelos de organización socio-política de las sociedades aborígenes de la Cordillera de Mérida que precedieron a la llegada de los españoles; el primero toma en cuenta las fronteras climáticas como límites culturales que lleva a proponer la existencia los patrones culturales: Andino, Sub-Andino y Andino Tropical; el otro modelo se basa en la existencia de una sola unidad política y organizativa en todo el territorio andino venezolano. En el otro caso, un modelo distinto que se basa en la existencia de dos polos de desarrollo en la Mérida prehispánica, con Mucuchíes y Lagunillas como núcleos fundamentales en la cuenca alta y media del Chama, respectivamente. Y, finalmente, parangonándolo con sociedades aborígenes de la parte noroccidental de Colombia, muy bien estudiadas y tomando elementos planteados en los modelos anteriores, la pareja de investigadores propone la existencia de dos territorios étnicos en la Cordillera Andina a la llegada de los españoles. Uno de ellos identificado por poblaciones asentadas en un área que comprendía la parte Alta del Valle del Chama (Pedregosa, Tabay y Mucuhíes) y el Valle de Acequias (Los Nevados y Motocuaró). Aquellas las caracterizan la presencia de una producción de cerámica sencilla, construcciones de piedras reconocidas como terrazas agrícolas o estructuras de uso habitacional, talleres líticos. Además las asocian a prácticas funerarias relacionadas a cámaras subterráneas y mintoyes. También, exponen que la organización socio-cultural jerarquizada o cacical hizo posible a estas comunidades el control microvertical de los pisos térmicos, lo que les llevó a ser productoras de alimentos, gracias a sus alcances técnicos. Asimismo, señalan que este abastecimiento fue complementado con un amplio intercambio comercial con otras poblaciones dentro y fuera de la región. De esa manera, superaron las

limitaciones geográficas y fueron autosuficientes.

El otro territorio étnico, menos trabajado, comprendería la cuenca baja del Valle del Chama y el Valle del Mocotíes que relacionan a una cerámica más elaborada, decorada, con incisiones lineales de carácter geométrico, apliques antropomorfos con presencia de pintura roja. Esta cerámica la asocian a la Fase Zancudo del Lago de Maracaibo, afirmando que podría pertenecer a grupos Barí de la familia Chibcha. Advierten que éstos no construyeron mintoyes; por el contrario, sus entierros los hacían en vasijas funerarias y en forma directa.

Con el uso de las crónicas, particularmente las del franciscano Pedro de Aguado, Leonardo Moreno González expone diversos aspectos de la existencia de la etnia de los Chitareros. Señala 1530, como el año del primer encuentro directo de esta etnia con europeos, el que se produjo con la hueste a cargo del alemán Ambrosio Alfinger, primer gobernador y Capitán General de la provincia de Venezuela; el autor afirma que diez años más tarde, los grupos comandados por Ortún Velasco, al que se unió el de Pedro Ursúa conquistaron todo el territorio de los Chitareros, "Confederación étnica" formada por varios grupos de la misma lengua, pero al que atribuye atributos regionales. El autor expone características naturales de los pisos altitudinales ocupados por la población chitarera, señalando que a pesar de no estar definido su territorio por la falta de estudios arqueológicos y etnohistóricos, de manera general se ha considerado que ocupaban tierras de los actuales Departamentos de Norte de Santander y Santander y en Venezuela incluirían los Estados Táchira y un pequeño sector de Mérida, pues Bailadores forma parte de esta entidad estatal. Igualmente, la organización social y política, los patrones de asentamientos, sus actividades económicas, comportamientos religiosos y guerreros y la presentación de pueblos y cacicazgos Chitareros son aspectos tratados en el trabajo del antropólogo Leonardo Moreno González.

Seguidamente, se ofrece el trabajo de Luis Ruben Pérez cimentado en narraciones de los cronistas y fuentes documentales de la colonia. El percibe a través del estudio del imaginario de la muerte que las huestes conquistadoras, funcionarios reales y los Franciscanos observaron, interpretaron, convivieron y promovieron numerosas similitudes o coincidencias culturales, entre los aborígenes de las Provincias de Vélez y Girón y los españoles. Así, el autor considera que aquel comportamiento de los colonizadores y las imposiciones propias de la cultura conquistadora, pacificadora y vencedera motivaron ineludiblemente un intenso proceso de sincretismo racial y cultural o

sea "Mestizaje", el que ubica cronológicamente en los siglos XVI y XVII. De acuerdo a este novel investigador, los resultados de ese proceso serían percibidos plenamente desde el siglo XVIII, al consolidarse nuevos grupos étnicos en quienes las señaladas diferencias eran menos notorias, ante el importante peso demográfico de la población "libre", viva y muerta, registrados en los libros parroquiales.

Por su parte, con el apoyo documental, en esta ocasión, el historiador Armando Martínez Garnica estudia el proceso de congregación en pueblos (siete) de la etnia Guane, antes de finalizar el siglo de la conquista española y la cual señala estar presente en el área metropolitana de Bucaramanga. La denominación de Guane se perpetúa definitivamente desde 1731, cuando no vuelve a mencionarse el de Moncorá.

Martínez Garnica destaca el mantenimiento de la identidad de cada uno de los siete pueblos, la conservación de las jefaturas étnicas (caciques y capitanes) previas y el control de éstos sobre sus tributarios a lo largo del siglo XVII, mientras, a partir de 1727, asoma una reforma en el ordenamiento político que atribuye hipotéticamente al proceso pleno de reducción llevado a cabo por las autoridades españolas; entonces, dos de los pueblos fueron fusionados y al aproximarse la conclusión del siglo XVIII, se reconocen seis parcialidades. Asimismo, estudia cambios experimentados en las autoridades indígenas, en la jurisdicción general y considera características y funciones de los empleos capitulares indígenas. Además, apoyándose en el conocido comportamiento exogámico del pueblo de Guane puntualiza que si bien la política estatal congregadora de naturales tuvo éxito en la reconstrucción social y política de las etnias, a pesar del ineludible mestizaje y acomodados de los sistemas hereditarios y de autoridad, la "república de indios", respecto a la república de españoles, fue una utopía. En ese sentido, evidencia como en ese hecho, la propia iglesia desempeñó un papel relevante, propiciando la convivencia de españoles e indígenas en diferentes espacios de la vida espiritual del pueblo. Al concluir apunta que en 1810, con el inicio de la vida republicana, Guane pasó a ser un distrito parroquial y, posteriormente municipio, eliminado por la ordenanza del 13 y 26 de julio de 1888, cuando su territorio fue anexado al de Barichara.

Indiscutiblemente, los principios éticos y morales cristianos de la Iglesia Católica que buscan esencialmente la "salvación del alma" por medio de la oración, devoción y el servicio a los semejantes, la llevó a asumir la función rectora de la existencia espiritual y moral de la sociedad colonial; de esa manera esta institución al manejar el espacio

etéreo del hombre adquirió permanencia e influencia persistente en el comportamiento terrenal del individuo. El cumplimiento de su cometido fue llevado a cabo gracias a un conjunto de instituciones religiosas, bien conocidas en el mundo cristiano europeo. Dos de ellas: Las Capellanías y las Obras Pías constituyen el objeto de estudio de Carmen Adriana Ferreira Esparza, fundaciones cuyo examen tiene precedente en su trabajo "Capellanías y Censos: una conceptualización necesaria para el estudio del crédito colonial". En "Para la Salvación del Alma. Las Fundaciones Píadosas en Pamplona, Nueva Granada. Siglo XVIII", la autora estudia la función espiritual de esas fundaciones y su proyección social y económica. En relación a la última, ella enfatiza que las rentas de los bienes y los capitales de los legados piadosos destinados a las poblaciones de misas para salvar el alma, hicieron de la Iglesia una de las instituciones de mayor poder económico en la colonia y su vocación rentista, la llevó a utilizar el crédito como el medio capaz de garantizarle la rentabilidad de aquellos bienes y capitales.

Un tema distinto a los anteriores y ubicado cronológicamente en un período más reciente es el de Rafael Cartay, investigador con sagrado al estudio del problema sobre la alimentación que apoya en una diversidad de fuentes dentro de las cuales destaca la hemerográfica de la región. Conocedor del problema alimentario, el autor intenta caracterizar a la región alimentaria andina venezolana en el periodo comprendido entre 1870 y 1935, años que se reconocen, en el caso del primero, por el auge de la caficultura, circunstancia que provoca la expansión de la economía regional, de una dilatada red urbana y de relaciones comerciales; mientras en 1935 se palpaba el deterioro de la economía cafetalera; sin embargo, para entonces, los Andes habían vencido la incomunicación física, económica, política y social de la región andina venezolana con el resto del país. El estudio se inicia con un marco teórico introductorio que contempla la definición de región y de región alimentaria. Luego, circunscribe el espacio andino alimentario y, finalmente, en base a diez descriptores, tales como: Tipos de productos y de alimentos, platos característicos, bebidas alcohólicas y no alcohólicas; agua potable, hielo y helados, tecnología culinaria, infraestructura alimentaria, comidas de ocasión, mercados y ferias, influencias y precios de alimentos, el investigador caracteriza la región alimentaria andina venezolana.